

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

578

25
cts

LEWIS STONE

ELISSA LANDI

SIEMPRE ADIOS

**LA NOVELA
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI

BARCELONA

N.º 578

ALWAYS GOODBYE 1931

Siempre adiós

Interesante asunto, interpretado por la nueva
«estrella», elegante y de suprema distinción,
Elissa Landi y el eminente Lewis Stone,
etc.



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LINA MERKEL

Siempre adiós

Argumento de la película

Lila Banning había perdido toda su fortuna. La quiebra de un Banco en el que tenía todo su capital, la había condenado a la pobreza. Huérfana, se encontró con que nada sabía hacer para vivir. Durante algún tiempo aun mantuvo su rango acudiendo a prestamistas que le dejaban dinero sobre sus muebles, pero no habiendo podido pagar los correspondientes intereses, iban a embargarla de un momento a otro.

Tal vez para despedirse de su vida de riqueza había dado una fiesta en su casa de Londres a la que invitó a numerosas amistades, las cuales sospechaban la apurada situación financiera de la joven, aunque tampoco la creían desesperada.

Y ella, con su dignidad de gran señora, supo evitar que comprendieran que al día siguiente el juzgado se incautaría de todos sus bienes...

Bailó, rió, "flirteó" con su amigo Carlos, del que estaba enamorada. La fiesta se prolongó hasta primeras horas de la madrugada y todos los asistentes desfilaron con un completo desconocimiento de la verdad.

Elena, una buena amiga de Lila, fué la última en partir. Lila le rogó se quedase un rato a hacerle compañía...

Explicó Lila la verdad, la sencilla verdad que encerraba una verdadera tragedia. Al día siguiente, mejor dicho, dentro de pocas horas, la agencia ejecutiva procedería al embargo... Y Lila se encontraría sola ante la vida teniendo que trabajar.

—¿Por qué no te casas?—le dijo Elena—. Una muchacha tan bonita como tú, ha de tener muchos pretendientes... El mismo Carlos...

—Carlos me gusta, no te lo he de negar, pero no creo que esté en situación de casarse.

—Habrá algún otro...

—Sí, está ese viejo Smith, ese archimillonario.

—Sería la solución...

—¡No me convence! ¡Un hombre tan viejo, tan achacosos! ¿No crees que es preferible la pobreza?

—O el verdadero amor como el que te puede ofrecer Carlos.

—Dudo a veces de él... Carlos me cree rica. ¿No será esa riqueza la que él quiere de mí? ¡Los hombres son tan egoístas!

Aun estuvieron cambiando impresiones durante un buen rato hasta que Elena abandonó

la casa, y Lila se retiró a dormir, buscando en el sueño un poco de fuerza reparadora para luchar en la nueva vida que iba a abrirse desde mañana...

* * *

Al otro día se presentó en la casa el señor Smith, vejete de setenta años, muy arreglado, con ese lamentable cuidado de los hombres que se empeñan en prolongar una juventud que ya se ha secado como una rama muerta.

Acababa Lila de reunirse con él cuando el mayordomo anunció, en voz baja, a la señora que estaba allí el juzgado y que empezaba su tarea de llevarse los muebles.

—¡Está bien! ¡No diga nada!—contestó.

Y sin que Smith se enterara, continuó junto a él, sirviéndole el te, amargada por dolorosos pensamientos.

—Pues, sí, señorita...—dijo el viejo—. Usted conoce los sentimientos que me inspira su belleza. Desearía casarme con usted... Pero antes yo he querido ir a ver al médico para que me hiciese un diagnóstico... Y puedo confesarle que...

—¿Azúcar?—le dijo ella sirviéndole unos trrones.

—¡Oh, no!... ¡No tengo azúcar!... El médico me ha encontrado bien del todo.

—Pero si me refería al te...

—¡Usted perdone! Creí... Estoy bien... Me han hecho un análisis de la sangre... y es pura

y rica en glóbulos rojos como la de un joven... ¡Puedo casarme sin temor! ¡Ah, si usted quisiera!

Lila meditaba... ¿Qué partido tomar? Aquel hombre sería la salvación, la seguridad de que no tendría que perder la vida de lujo, sino todavía aumentarla... ¡Ah, si fuese más joven! Se acordó de Carlos. Pero este muchacho a quien ella quería, nada le había dicho aún en serio...

Sí, era preciso sacrificarse. La vida es horrible como un fantasma para una mujer sola y pobre... Casándose con Smith ella se libraba de todos esos terrores. Procuraría arrancarse la repulsión que le inspiraba el viejo, buscando en la diversión y el lujo un paliativo a su pena.

—¿Qué me contesta usted, Lila? ¡Si usted quisiera!

Iba a responder afirmativamente cuando el mayordomo anunció que la llamaban por teléfono.

Lila fué a otro saloncito donde apenas quedaban ya muebles, pues los hombres del juzgado tenían prisa en llevárselo todo...

Nerviosa, Lila se puso al habla. Le telefonaba Carlos, quien la citaba para aquella tarde en el hall de un hotel.

Lila vaciló antes de contestar, pero de pronto tomó una resolución:

—¡No faltaré!... ¡Hasta luego, Carlos!

¡Oh, sí, era preciso dar al amor sus derechos! ¿Qué importaba la pobreza queriéndose de veras? Prefería ser la humilde esposa de Carlos, pero feliz con su juventud y su amor, que no

la mujer de Smith, viviendo al lado de un viejo lleno de falsas lozanías.

Más serena que antes volvió junto a Smith y cuando éste le preguntó qué había decidido, ella le repuso con tranquila expresión:

—Mi contestación será tan franca y categórica como su pregunta: ¡No!

—¿Se da usted cuenta de lo que dice? Cree usted que yo no conozco su situación, que en este mismo momento le están a usted poniendo los muebles en la calle? Lo acabo de ver por el balcón... Vamos, no sea tonta... Conmigo nada le ha de faltar...

—Perdón, Smith, pero me gusta ser leal... No podría ser feliz a su lado. Acaso usted y yo nos habríamos de arrepentir de nuestra unión.

—Sentirá usted lo que hace.

—No, Smith... Y si lo siento, a nadie más que a mí podré dar la culpa.

Aun el viejo millonario le describió las crueldades de la miseria y por contraste una vida aureolada por el placer... No la convenció. Y salió furioso, deseando en su fuero interno que Lila fuese bien desgraciada.

* * *

A la tarde, a la hora marcada, Lila fué al hotel, en cuya sala de te ya la esperaba Carlos.

Lila no se daba cuenta de lo que eran muchos hombres en realidad... Tras la fingida amabilidad de Carlos, no había más que un deseo de cazar el dinero de la joven... También él es-

taba arruinado y deseaba casarse con una mu-
chacha rica que pudiera llenar su escuálida caja
de caudales... Había llegado a su oído la noticia
de que Lila estaba arruinada, y quería enterarse
de la verdad. Si los rumores se confirmaban, él
procuraría desaparecer. Si eran falsos le declara-
ría su cariño interesado.

La explicación fué más fácil de lo que creyó
al principio. Lila, creyendo que se encontraba
ante un alma buena y noble, le confesó toda la
verdad.

—Soy pobre como una rata...—murmuró.

Carlos se estremeció. Inmediatamente com-
prendió que no debía seguir un paso adelante
en su "flirteo". Alma materialista, hermanaba
el amor y el interés.

—¡Es terrible lo que le pasa, Lila!—dijo—.
Pero a mí me sucede otro tanto. Soy tan pobre
como usted; carezco de bienes. Estoy lleno de
deudas.

—Pero usted es hombre y tiene mucho más
campo para correr.

—¡Ah, no lo crea! Yo no estoy avezado al
trabajo... No encuentro solución... Sí, sólo hay
una—agregó cruelmente—; pero... ¿la encon-
traré?

—¿Cuál?

—La de casarme con una mujer... rica.

Miró a Lila quien, ofendida, sintió como so-
bre su alma caían las sombras de la desilusión.

—¡Eso allá usted! ¡Como usted quiera!—dijo.

¡Ingrato! ¡Y ella había podido pensar que
Carlos la amaba!

—Soy un desdichado, Lila—siguió él diciendo torpemente con la vacilación de quien pisa un terreno falso—. Si yo fuera rico... me casaría con usted. No lo soy, usted tampoco lo es... y ya han pasado los tiempos del romanticismo.

—¡Sí, tiene usted razón! ¡Ya han pasado!

En aquel instante les sirvieron el te, y Carlos, confuso, tuvo que explicar en voz baja a Lila que no llevaba siquiera el importe de la merienda.

—¡Yo tampoco!—respondió la joven—. Nada tengo...

Y mirando al camarero, ella rogó:

—¡No, gracias! ¡No queremos nada! Se nos pasó el apetito.

Carlos, dándose cuenta del ridículo que estaba corriendo, pretextó un recado urgente, y se despidió de Lila.

Esta quedó unos momentos abstraída, dibujándose en sus labios un rictus de desdén. ¡Egoísta! Porque ella no tenía dinero Carlos la rechazaba como algo imposible y absurdo. Entonces, ¿es que no contaban para nada los otros sentimientos? No, no debían estar de moda. Y sintió que su afición por Carlos se transformaba en una indiferencia glacial.

De pronto, vió sorprendida que volvían a servirle el te.

—He dicho que no quería.

—Aquel caballero ha pagado el te.

—¿Con qué derecho?

Vió aparecer ante ella a un hombre joven,

de unos treinta y tantos años que se inclinaba respetuosamente y le decía:

—Usted perdone, señorita, pero estando en la mesa vecina, lo he oído involuntariamente todo... y no puedo permitir que se vaya sin merendar.

—Pero, señor mío, yo no puedo...

—Hágame el favor. No lo desprecie.

Se sentó a su lado y, como ya habían servido el te, la joven no tuvo otro remedio que aceptar.

—Me llamo Reginald Armstrong—dijo el desconocido—. Y siento mucho que su amigo la haya tratado tan mal.

—¡Es un egoísta de la peor especie!

—Usted merecía un trato mejor. ¿Cómo se llama usted?

—Lila Banning.

—¿No quiere que seamos amigos? Yo necesitaría para mis negocios a una mujer como usted.

—¿Sus negocios?

—Sí... Creo que le convendrán.

La joven le contempló con cierto recelo. Vió brillar en los ojos de él una luz que se le antojó siniestra. ¿Sería acaso la desconfianza que para todo el mundo tenía su corazón?

—Por el momento... necesito orientarme... Déjeme usted su dirección por si me conviene verle.

—Gracias... Pero ¿no me va usted a permitir que la acompañe a casa?

—Está lejos de aquí...

—¿Qué importa? Ello nos dará el placer de

hablar, de que yo conozca algunos pormenores de su vida... ¿No le parece?

Estaba tan fatigada, se amontonaban tan diversas impresiones en su alma, que acabó accediendo a su deseo.

Echaron a andar y por el camino ella fué contando sus derrotas, sus desengaños... Entraron finalmente en un barrio popular, donde horas antes, expulsada de su lujosa casa, Lila había tomado una habitación en una casa de vecindad.

—Usted no podrá adaptarse a este ambiente —le dijo él—. Tome mi tarjeta y venga a verme mañana... Hablaremos de asuntos que sin duda le interesarán.

—¡Gracias, señor!

—Véngase ya conmigo... Le buscaré una fonda mejor... Eso no está bien para una muchacha como usted.

—No, perdone. Si me conviene su oferta, pasaré a verle.

—No falte...

Lila, nerviosa, se despidió de aquel hombre por quien sentía un extraño temor como si no fuera nada bueno lo que quería proponerle.

Entró Lila en su nuevo domicilio, horrible casa de huéspedes de los barrios bajos, frecuentada por gente dudosa, de conducta equívoca.

Al ir a entrar en su cuarto, encontró a uno de los viajeros, un hombre repugnante que olía a sudor y a vino, quien le dijo con voz aguardentosa:

—¡Vaya vecina guapa! ¿De cuándo acá?

Ella cerró la puerta y al encender la luz de

gas lanzó un chillido de espanto. Había visto correr por el suelo un enorme ratón.

El viajero entró en la estancia.

—No se asuste, muchacha, que los ratones no se comen a nadie.

—¡Tengo miedo!

—Yo se lo haré pasar.

Y sus brazos torpes pretendían ceñir su cuerpo de tanagra.

Horrorizada ante aquel ambiente denso, de vicio, Lila huyó escaleras abajo, prefiriendo pasar la noche en la calle.

Echó a andar de prisa, entre la populosa multitud, debiendo librarse del torpe encuentro de los hombres que la creían una vendedora de amor... Pero alguien la llamó por su nombre. Se volvió sorprendida y vió a Reginald.

—¿Usted?

—Sí. Me he estado esperando un rato cerca de su casa. Me decía el corazón que tendría usted que marcharse en seguida. No es casa para usted. Venga conmigo.

Tan vencida estaba, tan fatigada de luchar con una vida donde sólo se ve egoísmo y pecado, que se dejó conducir por aquel hombre... Fueron a un hotel situado en un barrio comercial.

Alquilaron una habitación para ella. Reginald se marchó asegurando que volvería al día siguiente para hablar de "ciertos negocios"...

Y ella, deseando buscar en el sueño un poco de calma a su espíritu, se durmió en seguida, rendida por la emoción.

A la mañana siguiente, el protector estuvo

a visitarla. Lila, un poco más tranquila, le dió gracias por sus bondades y se dispuso a escucharle.

Con voz fría, segura, él habló así:

—Tengo que marcharme en seguida a Suiza donde vive en una magnífica finca el rico solterón John Graham... Era íntimo amigo de mi padre. Los dos habían sido traficantes en el Africa del Sur... Hicieron una fortuna en diamantes... De un modo especial Graham, quien consiguió extraer piedras preciosas entre ellas una maravillosa llamada "Corazón de Llama"... Mi padre, al separarse de él, quedó en América del Sur y se casó... En sucesivos negocios perdió casi cuanto tenía. La amistad de los dos amigos fué muy afectuosa, muy cordial... Mi padrino fué el señor Graham, pero hace veinte años que no nos hemos visto... Al morir mi padre, Graham ha insistido varias veces para que vaya a visitarle a su finca... Yo siempre me excusé; busqué el pretexto de que me había casado y no podía abandonar mis actividades... Pero ahora he venido a Londres y habiéndose Graham enterado de ello, me invita, mejor dicho, me conmina, en memoria de papá, a que vaya a pasar unos días con él... Y yo ya no puedo negarme a ello. Pero... ¿cómo decirle al señor Graham que he mentido, que soy soltero?... Por eso, al darme cuenta de que usted era una mujer buena y bien educada, he pensado que podría venir conmigo a Suiza y hacerse pasar durante los días que estuviésemos allí, por mi mujer.

—¡Oh, no... no! ¡Eso es absurdo! ¡Está lleno de peligros!...

—No tema usted. Yo le prometo que sólo ante los ojos de Graham aparecerá usted como mi esposa. Después, absoluta separación... Vámonos, no pierda usted la oportunidad de pasar unos días magníficos... ¡Ah!, el señor Graham es millonario y estoy seguro de que le va a hacer a usted algunos regalos de joyas.

—Es un asunto ilegal...

—¡Por favor, Lila! Nada he de proponerle que no sea lícito. Crea usted en mí. Por el momento resuelve usted su situación económica, viaja usted, vive usted una aventura sin peligros...

Aun hizo Lila determinadas reflexiones, pero encontrándose sin apoyo de nadie, pues no quería recurrir a Smith y era además demasiado orgullosa para pedir nada a sus amistades de antaño, acabó por acceder a los propósitos de Reginald, pero asegurando que no querría aceptar ni una joya del millonario.

—No las acepte. Pero, luego, cuando volvamos a Londres, me permitirá que en agradecimiento le haga algún regalo.

Y al día siguiente, en el hidroavión que hace la travesía del Canal de la Mancha, marcharon hacia Francia... Pero alguien les vigilaba, un inspector de Scotland Yard, llamado Blake, que tenía motivos para sospechar de la pareja.

* * *

El millonario John Graham, soltero, gran señor, vivía en una magnífica casa de campo situa-

da en Suiza. Tras de las emociones de su pasado, de la azarosa existencia de buscador de diamantes, encontraba ahora grata esa tranquilidad campestre, alejada de todo cosmopolitismo.

Sin embargo, nunca había dejado de escribir a los Armstrong, y cuando murió su íntimo amigo, rogó a Reginald que viniera a pasar una temporada juntamente con su esposa... Reginald, tras de muchas vacilaciones, le había escrito al fin, indicándole que emprendía el viaje. Y Graham se multiplicaba dando órdenes para que todo estuviese a punto a la llegada de sus huéspedes de honor... No había visto a Reginald desde pequeño, pero lo amaba como un hijo.

Horas antes de que Armstrong y Lila llegasen a la posesión, el señor Graham recibió la visita del agente Blake, de Scotland Yard, quien en pocas palabras le puso al corriente del engaño de que le iban a hacer víctima.

—El hombre y la mujer que van a presentarse aquí dentro de poco, no son Reginald Armstrong ni su esposa, sino dos impostores que han tomado sus nombres, seguramente con el propósito de quitarle a usted sus joyas.

—¡Eso es horrible! ¿Está usted seguro? ¡Pero si estoy recibiendo cartas de él, desde hace muchos años! Su letra es igual!

—El hombre que se hace pasar por el hijo de su amigo Armstrong, no es otro que Frank Carlson, un temible apache de gran inteligencia... Seguramente, conociendo el carácter de letra del verdadero Armstrong, la habrá falsificado, habrá interceptado las cartas de usted, y

le habrá contestado simulando la letra del otro. Lo cierto es que se hace pasar por Reginald y que viene dispuesto a cometer algún robo.

—¿Y la mujer?

—Se llama Lila Banning. Ignoro nada más. He pedido a Londres antecedentes... Pero nada tema. A la llegada de la pareja procederemos a su detención.

Graham guardó silencio unos momentos y al cabo dijo:

—No, no los detengan aún... Estoy tan aburrido, tan desprovisto de toda emoción, que añoro algo que venga a dar a mi vida un sabor extraordinario... Nada diremos por el momento... Ustedes vigilarán, pero, entretanto, hospedaré a la pareja aquí. Me voy a divertir mucho...

El inspector le expuso los peligros de tal proceder, pero Graham insistió en su deseo.

Blake se marchó y una hora después llegaban a aquella casa el falso matrimonio Armstrong, el hombre sereno y tranquilo, Lila con el espanto del que realiza algo grave contra su costumbre.

Con falso alborozo, el apache abrazó al señor Graham.

—Lila, ese es el señor Graham, el gran amigo de mi padre.

Graham frunció el ceño. Miró a la joven cuyo aspecto nada tenía de sospechoso y dijo luego a él:

—¿Pero no me decías que se llamaba Mary?

El supuesto Reginald comprendió que acababa de cometer un grave error, pero rectificó inmediatamente:

—Sí, se llama Mary; pero en la intimidad la llamamos Lila.

—¡Ah, perfectamente! Pues yo también la llamaré Lila. Es un nombre que me gusta más.

—¡Gracias, señor Graham!

—¡Pocos días estaremos con usted, muy pocos días!—dijo el aventurero—. Hemos de volver a América.

—Todo el tiempo que sea necesario, ¿no?... Bueno, debéis estar cansados. Id a arreglaros a vuestro cuarto y luego os enseñaré la casa...

Unas sirvientas acompañaron a los jóvenes hacia el primer piso... Lila dijo que quería dos habitaciones.

—Sí, dormimos separados...

—¡Ah, yo creía!—indicó la criada, sorprendida.

Les prepararon dos cuartos contiguos que se comunicaban por una puerta interior...

Cada uno entró en su estancia, cerrando Lila con llave la separación. Tenía miedo. Durante el viaje había visto brillar algunas veces en los ojos de su compañero una cierta luz libidinosa.

Más tarde volvieron los dos a reunirse con Graham. Este les enseñó la casa y todos admiraron el lujo, la suntuosidad de todas las habitaciones.

—¿Y no se aburre usted?—preguntó Lila.

—A veces. Pero espero que no me ha de faltar de vez en cuando alguna emoción. ¡Hay tantas en el mundo!

Y sus ojos brillaban con energía contemplando al falso Reginald que se sentía turbado, como

si temiese que aquel hombre hubiese descubierto su verdadera personalidad.

—¡Es raro!—agregó de pronto Graham—. De pequeño tenías el cabello rojo, y tu padre me escribió diciendo que lo seguías conservando igual. Era su orgullo. ¡El cabello rojo como lo tenía él!

—Me lo teñí. ¡Estaba cansado de aquel color!—dijo el apache, nervioso.

—¡No comprendo!—indicó Lila—. Tú me dijiste, Reginald, que tu padre era moreno.

—¡Bah! Una mentirijilla sin importancia. Es que mi mayor orgullo es parecerme en todo a él... y claro...

Graham preguntó:

—¿Viviste siempre con tu padre, Reginald?

—Nunca me separé de su lado.

—Nunca no es verdad... Cuando tú tenías diez años, tu padre estuvo dos largos años en Africa.

—Sí. Tiene razón. Pero ha pasado tanto tiempo. Yo apenas recuerdo.

—Tienes mala memoria.

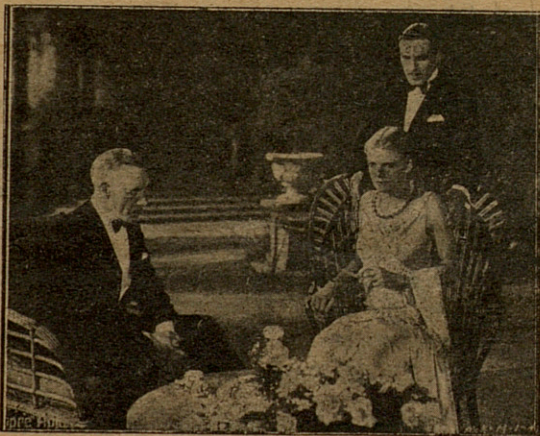
—No mucha, no mucha.

Lila, mujer lista, hábil, al asistir a aquel diálogo en que Reginald incurría en constantes equivocaciones, fué acometida por una terrible sospecha. Guardó para sí sus dudas, pero se arrepintió de veras de haber accedido a aquella farsa.

La cena transcurrió plácidamente; Reginald se había serenado y ante las preguntas incisivas de Graham dichas con el tono de la más perfecta indiferencia y naturalidad, contestaba con ab-

soluta desfachatez. Lila guardaba silencio, el silencio penoso de haber sido engañada.

Después de pasar un largo rato de charla en el jardín y en el hall, los supuestos esposos se despidieron del dueño de la casa.



...fué acometida por una terrible sospecha.

Fueron a sus habitaciones, y antes de que Lila pudiera cerrar con llave la puerta intermedia, Reginald penetró en su cuarto.

—¿Cómo te atreves? ¿Es que no vas a respetar el convenio?

—Mi intención es respetarlo... pero eres tan guapa... tan tentadora...

—¡Apártate! Me has engañado. ¡Eres un miserable!

—¿Por qué?

—Tú no eres el amigo de Graham— Tú no eres Reginald...

—¿Cómo sabes?—dijo palideciendo.

—¿Crees que soy tonta? Has incurrido en tantas contradicciones... ¡Has demostrado una ignorancia tan grande de la verdad! ¡Ah!, el mismo Graham debe haber sospechado.

—No puedo creerlo. Pues sí, Lila, yo no soy Reginald. ¡Fuera caretas!...

—¡Miserable! Adivino tus propósitos. Tú viniste aquí a robar. ¡Infame! Yo te denunciaré.

—Hazlo pronto... pero tú iras también a presidio... Eres mi cómplice. No lo olvides, te has hecho pasar por mi esposa.

—He sido engañada cruelmente.

—Vamos, cálmate, Lila. Pronto nos marcharemos, después que yo haya realizado mis planes.

—No cuentes conmigo.

—Sólo quiero que sigas como hasta hoy... Mostrándote muy cariñosa conmigo ante Graham. Yo me cuido de los demás. Yo no te complicaré en otra cosa.

—Es preciso marchar en seguida. Me iré.

—No marcharás sino conmigo—dijo intentando acariciarla.

—¡Déjame! ¡Déjame!

—¡Bien! Cambio de parecer... Hubiera querido pasar la noche a tu lado, pero, no... Necesito estar sereno mañana. Y, además, no quiero que vayas diciendo por ahí que te he tratado mal. ¡Buenas noches!

Y se volvió a su habitación, mientras Lila

cerraba con llave y ponía además un macizo sillón ante la puerta a guisa de barricada.

¡Qué amargura tan grande la de aquel vivir! Era preciso vigilar, impedir que aquel hombre hiciese nada malo. ¡Cómo había sido embaucada!

* * *

Al día siguiente, Graham recibió la visita de Blake, quien le dió nuevas noticias. Había recibido informaciones acerca de Lila. Carecía de todo antecedente en la policía de Londres. De todas las averiguaciones practicadas se desprendería que Lila había pertenecido a la buena sociedad. Su vida anterior era honrada. Ahora se había juntado con el supuesto Reginald, que no era su marido.

—Debe ser ya tan mala como él—dijo el agente.

—Permítame que disienta... Crea que me alegro sus informes, pues son lo que yo pensaba... Esa mujer no me ha parecido nunca una delincuente... Pienso que es honrada y que sólo las circunstancias adversas la han podido llevar donde la han llevado. O mucho me equivoco, o ella es más bien una víctima.

—Siento no compartir su opinión...

—Ya veremos. El tiempo nos lo dirá. Pero apuesto doble contra sencillo a que ella es una mujer de exquisito refinamiento moral.

Graham, que se las daba de psicólogo, había trazado ya la personalidad de los dos caracteres.

El del supuesto Reginald le parecía el del verdadero apache que ocultaba su profesión bajo una páfida sonrisa mundana; pero el de Lila se le antojaba el de una criatura espiritual que había sido engañada a causa de su juventud e inexperiencia.

¡Y era además tan hermosa! ¡Había en sus ojos tanta pureza, tanta lealtad! ¡Imposible que fuese una ladrona!

Poco después el ama de llaves le advirtió que el matrimonio Armstrong no sólo dormía en dos habitaciones, sino que cerraba con llave la puerta intermedia, y aun la señora ponía un diván para hacer más segura la incomunicación.

Sonrió Graham, pareciéndole que sus sospechas se confirmaban. Los dos jóvenes no estaban casados, pero tampoco eran amantes... Aquella separación decía mucho en favor de Lila. Habla de una limpia honradez moral, de una independencia magnífica.

Algo más tarde, Reginald pidió al señor Graham le dejase su automóvil para ir al pueblo cercano a tirar unas cartas al correo... En realidad quería enterarse personalmente de las horas que marchaban los trenes, pues deseaba huir cuanto antes con las joyas. Graham le dejó el coche y luego invitó a Lila, que bajo su aparente serenidad tenía una nerviosidad sin límites, a dar un paseo a caballo. Recorrieron el bosque, sintieron en sus almas el dulce y benéfico influjo que ejerce la naturaleza.

—Yo no sé—dijo Graham—cómo hay alguien

que se sienta malo contemplando la belleza inmensa de la campiña.

—Yo de pequeñita había vivido mucho en el campo—dijo.

—Pero luego se trasladó a la ciudad.

—Y la ciudad conoció mis triunfos y mis amarguras.

—¿Amarguras? ¿Las tiene usted?

—Todos las tenemos... pero no interesan a los demás.

—¿De veras cree usted que no me interesan sus cosas, señorita... Lila Banning?

—¡Eh! ¿Qué dice usted?—exclamó asombrada.

—Sé que usted es Lila Banning y que no es la esposa de Reginald.

—Pero, señor Graham...

—¿Lo niega?

—¡No... no puedo negarlo! ¡Si usted supiera! Yo no he venido a nada malo... Se lo aseguro... Perdóneme...

Y con una misteriosa confianza que le inspiraba Graham, le abrió su corazón, le confesó la verdad.

—E ignoro por qué ese hombre ha venido aquí. ¡Oh, sálveme usted, señor Graham! ¡Perdóneme!

—¡Pobrecita mujer!—le dijo el millonario, conmovido—. La creo a usted en todo. Me alegra no haberme equivocado al juzgarla por primera vez... Había en usted algo de ingenuo, de espiritual, de noble, que no se compaginaba con los informes que me habían dado... ¡Pobrecita Lila!

Y besó emocionado sus manos, y aun sintió en el corazón como una misteriosa alegría, como el sentimiento fecundo del amor.

—¡Dios mío!... ¿Qué va a ser de mí? Yo acepté el amparo de ese hombre porque me sentía



—Yo acepté el amparo de ese hombre porque me sentía abandonada...

abandonada, expuesta a mil peligros, a mil contratiempos. Y he caído en el peligro peor...

—¡No tema usted! Conmigo obtendrá protección, cariño... Me hago cargo de la soledad de su

corazón. Yo también he estado solo muchas veces. En medio de ese lujo y riqueza, he sentido la soledad...

—Temo las intenciones de ese hombre. Es un malvado. ¿Por qué habrá venido aquí?

—Por mis joyas... Pero ya vigilemos... No tema usted.

Sintió ella un gran sosiego en el corazón y al propio tiempo su alma experimentó un interés vivísimo por aquel noble caballero... ¡Oh, si ella le hubiera conocido en otras circunstancias! ¿No habría sido el compañero ideal?

El inspector Blake, que se hospedaba en el pueblo cercano, volvió a visitar a Graham, dándole cuenta de que el apache había estado en la estación y preparaba las cosas para una posible fuga.

Eso indicaba que el aventurero estaba dispuesto a dar el golpe.

—Sus joyas le tientan... especialmente su magnífico diamante "Corazón de Llama".

—Le cogeremos con las manos en la masa. Me gustará que le castiguen. En cambio estoy convencido de la inocencia de Lila.

—Ella tiene la misma responsabilidad que el bandido.

—¡Imposible! Lila ha sido engañada por ese miserable. ¡Es una gran mujer, una honrada, una santa mujer!

—¡Ay, amigo mío! Bien se ve que usted es soltero... Pero esta vez se equivoca. Ella es tan culpable como él...

—Me ha contado una historia desgraciada...

—¡La historia desgraciada que tienen siempre

en sus labios las mujeres! ¿No ve que se está captando su confianza para obrar con mayor libertad? ¡Haga usted la prueba!... Dígame dónde están las joyas, indíqueme el secreto de la caja de caudales... y luego vigile... Verá usted la consecuencia.

—Bien, seguiré su consejo por el gusto de no equivocarme.

—Lo celebraré. Yo vigilaré entretanto. Me temo que esta noche tengamos que intervenir.

Salió el agente, y John Graham se dispuso a realizar aquella prueba que estaba seguro iba a demostrar la inocencia de la joven.

* * *

Aquella noche, después de cenar y en ocasión de hallarse a solas Lila y Graham, pues el apache había ido unos momentos a su cuarto, el millonario quiso enseñar a la joven la colección de joyas.

—Prefiero tenerlas aquí que en un Banco... Están más seguras...

Y sonriente, abrió la caja de caudales empujando en la pared.

—Dos... tres... seis... nueve—dijo en voz alta dando vueltas a la combinación. Abrió la caja y sacó del interior de la misma un cofre en el que había un diamante luminoso como una estrella.

—¡Es una maravilla!—dijo ella con emoción.

—Precioso, ¿verdad?

—No he visto nunca cosa igual.

—Lo tengo bien guardadito aquí, libre de todo peligro.

Y volvió a guardarlo, pensando sólo un momento en que Lila pudiera quitárselo. Ella, casi simultáneamente, se acordó de Reginald... ¡Oh, ahora veía con claridad el motivo del viaje de éste! Querría robarle aquella joya magnífica...



—*Dos... tres... seis... nueve...*

Nerviosa, aunque sin aludir a ello para nada, marchó con Graham a dar una vuelta por el jardín. Graham pensaba que ya ella era poseedora de aquel secreto y que ahora se verían fracasados los temores del agente.

Pero, también Frank Carlson, el falso Reginald Armstrong, conocía el número de la caja.

Había estado espiando desde una galería, oculto entre unos cortinajes, a Graham cuando abrió la caja y pudo escuchar la combinación de los números.

Y ahora, al ver partir a los dos, se acercó cautelosamente, abrió la caja y se apoderó del diamante.

Loco de alegría, marchó con el mismo sigilo a su cuarto a fin de preparar el equipaje. Iba a escapar inmediatamente. El diamante valía millones. Se iría a América y allí nadie podría encontrarlo. Tenía ahora el coche de Graham a su disposición y partiría hacia el pueblo cercano a tomar el tren que pasaba a la media noche.

Había que evitar registros inútiles en la frontera. Cogió una pastilla de jabón, la vació, puso en su hueco el diamante y la volvió a rellenar con pasta del mismo jabón. Pero Lila, que se había despedido momentos antes de Graham y había entrado en su cuarto, vió por la cerradura la pérfida operación.

¡Ah, el infame! Seguramente había oído el número de la combinación de la caja. Era preciso evitar que escapara con aquel tesoro... Y rápidamente forjó un plan... Cogió una pastilla de jabón que tenía sobre el tocador, idéntica a la que usaba el joven y llamó a su cuarto.

—Pase—le dijo el apache.

Ella entró y dijo melancólica:

—Tengo mucho dolor de cabeza... ¿Me quieres dar una tableta de aspirina?

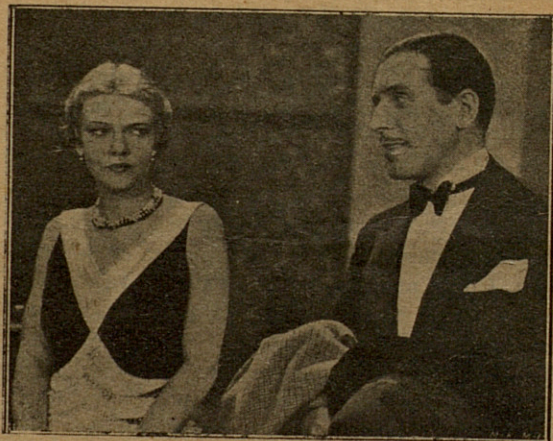
—Con sumo gusto.

Y mientras él buscaba la tableta, Lila rápida-

mente se quedó con la pastilla de jabón en la que había el diamante y puso en su lugar la otra.

—¡Gracias!—dijo tomando momentos después la tableta—. Pero, ¿te vas?

—Sí, empiezo a arreglar el equipaje. Mañana



—*Mañana nos veremos.*

nos iremos. Digo, a menos que te quieras quedar con el señor Graham. Parece que te ha interesado.

—No digas eso.

Y sin querer prolongar aquella conversación, salió del cuarto dirigiéndose de nuevo al salón donde había la caja de caudales...

El cuarto estaba a oscuras. Solamente entraba la luz azul de la luna. Avanzó hacia la caja. Es-

taba entornada, Reginald se había ido sin cerrarla... Dejó el diamante en su sitio... En aquel instante se hizo la luz y se encontró frente a frente con Graham y el inspector Blake.

—¡Ah, por fin la encontramos infraganti!—le dijo el inspector, mientras Graham contemplaba inquieto a aquella mujer, no sabiendo qué pensar de ella.

—¡No, no es cierto!—protestó la joven—. Yo no he robado nada. Yo he devuelto el diamante. Está en su sitio. El lo había quitado.

—Usted tiene el diamante en su poder. Iba usted a escaparse con él.

—Le juro que no.

—¡Vamos a verlo!—dijo Graham—. No puedo creer...

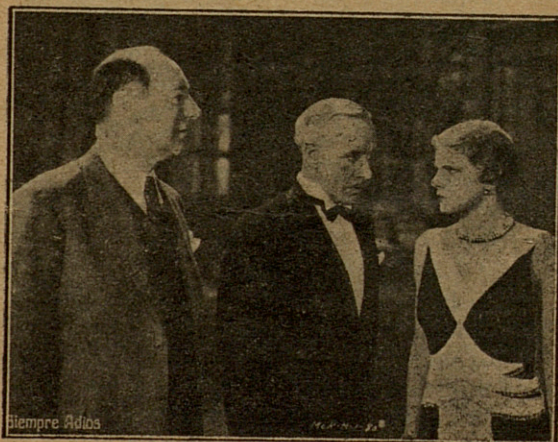
Abrió la caja y en el estuche encontró intacto el diamante. En aquel momento se oyeron unos disparos en el exterior; unos ayudantes de Blake, convenientemente apostados en el jardín, ante la sospecha de que el apache pudiera marchar, habían detenido a éste cuando pretendía huir.

Entraron los agentes con el aventurero. Este contempló furioso el diamante que tenía Graham en el estuche. ¿Cómo era posible que estuviese allí, si él lo llevaba en la maleta? ¡Ah! eso sería cosa de Lila, la traidora...

Quiso agredir a ésta, mas los agentes se lo impidieron... El miserable, apagando la luz, pudo escapar, huyendo por el jardín. Disparó varias veces contra sus perseguidores, pero los policías le acorralaron y una de las balas le dió

directamente en el pecho terminando con su miserable vida.

Graham se convenció una vez más de la inocencia de Lila y creyó cuanto ésta le dijo en su defensa. Había sido una víctima de aquel miserable y temible apache que había suplantado



—Yo no he robado nada.

la personalidad del verdadero Reginald Armstrong que se encontraba en América. Como el auténtico Reginald era casado, Frank había buscado una esposa en Lila para dar mayor verosimilitud a la aventura.

Ella se dispuso a marchar para volver a Londres a la lucha por la vida, una lucha dura y

feroz de la juventud y la inocencia contra el mal.

—Adiós para siempre, señor... Y perdóneme...

—¡No, adiós, no!—le dijo Graham—. Tú te quedas. Eres una buena mujer. Si ayudaste a ese hombre fué por necesidad y sin deseos de lucro... Quédate conmigo. Estás completamente regenerada a mis ojos. Tu gesto de devolverme el diamante te enaltece. Yo necesito una muchacha como tú... Estoy tan solo... Si tú me quisieras...

—Pero, señor Graham, cómo puedo yo pensar...

—Te quiero, Lila... ¿Quieres ser mi mujer?

—Graham... pero, ¿es posible?

Y la luz de sus ojos se fundió con la de los de él y sus manos se entrelazaron con una ansia de olvido y de amor...

FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de "Ediciones Bistagne" y se los remitiremos seguidamente

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tipografía Barcelona-Aribau, 206.-Teléfono 78087-Barcelona

2

Ediciones especiales

ÚLTIMOS ÉXITOS PUBLICADOS:

M A M Á

por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, etc.
Es un film español perfecto en perfecto español

ERAN TRECE

(En español), por Manuel Arbó, Juan Torena,
Ana María Custodio, etc.

MAÑANA:

CHERI-BIBI

por Ernesto Vilches, María Ladrón de Gue-
vara, María Tubau, etc.

RECUERDE:

CAMAROTES DE LUJO

por Edmund Lowe y Lois Moran

M A R I A N I T A

por Janet Gaynor y Charles Farrell

Precio popular: 1 pta.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
